



Hugo Jamioy Juagibioy, *Esta geografía me está diciendo*

(Medellín, Confama-Metro de Medellín, 2023, 142 pp.
ISBN 978-628-7637-36-8)

por Simone Ferrari

Publicada en el marco del programa de lectura 'Palabras Rodantes' (Confama-Metro de Medellín, 2023), la nueva edición del poemario más conocido de Hugo Jamioy Juagibioy cambia de dimensiones, contenidos y denominación. *Esta geografía me está diciendo* reemplaza el título original *Bínýbe oboyejuanyëng/Danzantes del viento*, adoptado en las ediciones de 2005 (Universidad de Caldas) y de 2010 (Ministerio de Cultura), sin por ello perder la matriz bilingüe (español-kamëntsá) que caracteriza la producción 'oraliteraria' del autor indígena, oriundo de las templadas cordilleras del Putumayo colombiano.

Oralitura, más que poesía, es la categoría acogida por Hugo Jamioy en su preocupación por redefinir un proyecto cultural que desborda las fronteras alfabéticas del pensamiento amerindio. En efecto, los versos del autor kamëntsá se sumergen en la episteme oral de las geografías *dicientes* del valle andino del Sibundoy, puerta de acceso a la Amazonía occidental colombiana. Cauce simbólico entre tradición verbal y alfabética, la obra de Jamioy nos permite arrojar nuevas luces sobre el proceso de consolidación de las voces literarias indígenas contemporáneas de Colombia, en el marco de una corriente consolidada a partir de los años noventa a través de las obras de Fredy Chikangana, Berichá, Vito Apüshana y el mismo Hugo Jamioy, entre otros.



Los cincuenta y tres poemas que componen *Esta geografía me está diciendo* – con respeto a *Danzantes del viento* se han excluido dieciocho – son enriquecidos, en esta nueva edición, por el prólogo de Selnich Vivas Hurtado, crítico literario y estudioso de las tradiciones narrativas amazónicas, y por un texto introductorio inédito del mismo Hugo Jamioy. El ensayo de apertura del autor configura una declaración de pertenencia colectiva de la obra: los fragmentos poéticos encuentran su génesis en décadas de caminos de la palabra kamëntsá en espacios asamblearios dialógicos y rituales. En esta trayectoria, la oralitura se presenta como una nueva posibilidad enunciativa del ‘pensamiento maduro’, simbólico y colectivo, que –según la sabiduría kamëntsá– sucede al ‘pensamiento crudo’, prosaico e individual, de la juventud.

Los poemas de Jamioy, breves y en verso libre, caminan a ritmo lento, o más bien, atraviesan el tiempo justo: “solamente te digo/que nunca he cumplido/pero he llegado siempre/en el momento indicado” (73). Conservada y fermentada en los saberes comunitarios, la palabra oraliteraria de *Esta geografía me está diciendo* asume los poderes simbólicos de la chicha, bebida sagrada andina a base de maíz. Si “la chicha es un saludo de bienvenida./Si la aceptas,/te aceptamos./Si la rechazas,/nunca más te brindamos/nada. (119), asimismo, la poesía bilingüe de Jamioy se plantea como acto de acogida y acercamiento intercultural, pero también de exigencia y compromiso por parte del lector no indígena: el respeto a la palabra de origen implica acogerla en su dimensión ritual, antes que estética.

En este orden de ideas, caben las preguntas: ¿Para qué escribir? ¿Para qué autotraducirse? Por un lado, la alfabetización poética del kamëntsá, idioma que cuenta actualmente con poco más de tres mil hablantes, permite la afirmación de su autonomía literaria, más allá de las reescrituras etnográficas de los mitos de origen. Por otro, el acto de autotraducción realizado por Jamioy parece convertirse en herramienta generadora de poeticidad. El autor se aventura en la densidad etimológica del kamëntsá, lengua aislada y de raíces desconocidas, para explorar las posibilidades poéticas de su traducción: la palabra ‘poeta’ es traducible como *Botaman biyá*, literalmente ‘hombre/mujer de la palabra bonita’; expresiones como ‘escribir literatura’ encuentran una traducción posible en el verbo *Jabuayenan*, ‘sembrar la palabra en el corazón’. Dicha búsqueda filológica plasma el espesor textual de versos en apariencia escuetos, como los de “Bonito debes pensar”: en el poema, el quehacer literario es definido a partir de la capacidad del ‘sembrador de palabras’ de *amanecer* lo decible y convertirlo en acción: “Bonito debes pensar.../luego, bonito debes hablar./Ahora, ya mismo,/Bonito empieza a hacer” (47).

Aun en la madurez de su elaboración, la palabra poética de Jamioy no se conforma a la quietud del espacio alfabético. En “Ndosertanëng/Analfabetas”, poema que propone una similitud epistémica entre la hoja de coca y el libro, Jamioy evoca el sistema de signos de la naturaleza como concepción alternativa de alfabetización, pero elige no descifrar los secretos del código oral: “en sus manos/giraba una hoja de coca/y sus labios iban diciendo/lo que en ella miraba” (137). La intraducibilidad del mensaje corresponde con una estrategia de defensa de los territorios del imaginario donde el abuelo kamëntsá, protagonista del poema, puede cuidar las tramas de sus narraciones



sapienciales. El poema las enseña, apuntándolas, pero no las descifra, para no traicionarlas.

El cuidado del conocimiento no implica un encubrimiento poético de los saberes. Al contrario, en los versos de Jamioy recurre una estrategia retórica determinada por la deconstrucción simbólica de los significados hegemónicos atribuidos a ciertas acciones comunitarias, como en el caso del poema "Fhsantiñ/En la tierra": "No es que esté obligando/a mi hijo/a trabajos forzados/en la tierra;/solamente/le estoy enseñando/a consentir a su madre/desde pequeño" (41). La aparente resignificación de la acción narrada es en realidad una revelación. La técnica poética de Jamioy puede asociarse con un motivo de las artes plásticas kamëntsá, cuyas máscaras deformes, en tiempos coloniales, no funcionaban como instrumentos para ocultar, sino como mecanismos para desvelar los sentimientos de dolor provocados por la opresión de los conquistadores.

En otros pasajes de la obra, la lengua kamëntsá gravita entre distintos espacios cosmogónicos para enfrentar las urgencias del presente. En "Nday biyañ/En qué lengua", el autor se dirige a un indefinido Presidente de Colombia: "¿En qué lengua están escritos sus sueños/?parece que están escritos/en inglés, ni siquiera en español./Los míos están escritos/en Camëntsá./Así/nunca nos entenderemos" (139). Más allá de las barreras políticas de la diglosia lingüística, Jamioy activa una confrontación epistémica alrededor de la semiótica del sueño. La asociación semántica entre las calidades de la escritura y la dimensión onírica convoca nuevas fronteras de alfabetización de los saberes: los códigos de la palabra soñada y de su manejo comunitario. En los versos de "Tonday chiatayán, nye sënjenjuabó/No dije nada, solo pensé", un pensamiento de Jamioy sobre la muerte de un guacamayo es escuchado por un sabedor tradicional (Taita): "El taita, que caminaba distante de mí,/Se acercó y me dijo:/yo no lo maté,/lo recogí en el salado de los loros,/fue mi ofrenda/para adquirir el poder de adivinar el pensamiento" (69). En este caso, la calidad adivinatoria del Taita encuentra en los versos un espacio de revelación, a través de una de las estrategias más contundentes del poemario: la activación del saber propio por medio de la solemnidad del diálogo comunitario, en una tensión permanente entre la palabra no dicha y la palabra actuada.

Uno de los mayores desafíos literarios de *Esta geografía me está diciendo* es explicitado por su mismo título: ¿quién está narrando los poemas de Jamioy? ¿el autor, la comunidad o su geografía? Reveladora, en este sentido, es la función enunciativa asumida por el yagé, planta conocida como 'ayahuasca' en la reciente globalización de sus funciones curativas o alucinógenas, según la mirada que se quiera adoptar. Protagonista de cuatro poemas de la obra, el yagé interviene en la estructura textual del poemario para imponer una enunciación relacional. Además de permitir la cohesión poética entre mundo mítico-onírico y realidad ordinaria, entidades no separables en el pensamiento amazónico, el yagé adquiere en el texto un papel autorial, orientando el camino los versos del poeta: "Todo lo que he mirado/a través de la guasca/que da poder/no te lo puedo decir;/solo quiero que sepas/que te he mirado" (53). Como un vidrio polarizado, el yagé permite una observación poética y no recíproca de la experiencia 'verdadera' del mundo y de sus elementos. Como en el caso de la hoja de



coca, este aparente desequilibrio reproduce una necesidad discursiva de la planta: no exponer los secretos de los círculos comunicativos con ella. En esta perspectiva, la práctica oraliteraria de Jamioy no puede considerarse una poética *del* yagé, como recurso temático, sino más bien una palabra *con* el yagé, en una alianza de perspectivas donde la realidad onírica es evocada en una palabra ceremonial y no mimética.

Autoría del yagé, alfabetización de la coca, poética de los sueños y de lo intraducible: estas son las voces territoriales convocadas en el poemario *Esta geografía me está diciendo*. En este sentido, el esfuerzo editorial del programa Palabras Rodantes resulta particularmente valioso, ya que escoge integrar una voz amazónica a un proyecto que busca estimular a la lectura entre los viajeros del metro de la ciudad de Medellín. Frente a los tiempos afanados de una metrópolis que crece de forma vertical y asombrosa, dejando atrás su fama de capital de la violencia para convertirse en meta de atracción para inversores, turistas y nómadas digitales del Norte global, el poemario de Hugo Jamioy le devuelve a la capital antioqueña, y a sus lectores globales, palabras que escarban debajo de la superficie frenética de la modernidad: parafraseando a Antonio Cornejo Polar, la poesía del oralitor kamëntsá es una ciudad escrita en el aire, camina los tiempos de la ausencia y se atreve a la lentitud del escucha, recorriendo las geometrías curativas de las plantas sagradas.

Simone Ferrari

Università degli Studi di Milano

<https://orcid.org/0000-0002-3339-5737>

simone.ferrari1@unimi.it